

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CENTS

AÑO IV

MADRID, 5 DE DICIEMBRE DE 1909

NÚMERO 101



LA HISTORIA DE PACHIN

CONCLUSION

Una tarde el padre volvió de la oficina quejándose de un agudo dolor de pecho. Se acostó, y al día siguiente Pachín sufrió el pesar más terrible de su existencia al encontrarse huérfano.

Ayuntamiento de Madrid

La situación en que quedaban él y su madre no podía ser más angustiosa, porque al faltar el padre faltaba todo en aquella casa.

Malvendiendo el ajuar pudieron sostenerse unos cuantos meses. La madre intentó subvenir á las necesidades perentorias de su vida y de la de su hijo, y se dedicó á lavar ropa en el río. Para la pobre mujer, que era de salud muy delicada, la ruda faena que se había impuesto era superior á sus fuerzas; enfermó y tuvo que renunciar á todo trabajo porque el más leve esfuerzo la producía una fatiga angustiosa.

Llegó el momento horrible en que en la mísera buhardilla no pudo encenderse lumbre.

Espantosa miseria cercaba á los infelices, que habrían sucumbido de inanición si Pachín, en un arranque impropio de sus años, no hubiera decidido salvar aquel angustioso estado de cosas. Era necesario buscar trabajo, encontrarlo, vivir y hacer que viviese la pobre enferma.

Dos ó tres días rodó Pachín por las calles, requiriendo todos los escaparates, puertas y ventanas de los pisos bajos, en busca de un cartel en que se leyera: "Se necesita un chico".

Halló muchos de estos carteles, pero en todas partes le indicaban que entraría sin ganar nada. Y él necesitaba ganar poco, lo que fuese, pero ganar algo inmediatamente.

Por fin, en una taberna, al final de la calle de Atocha, leyó un papelito pegado al cristal del escaparate con unas obleas:

"SE NECESITA UN CHICO LISTO. BUEN JORNAL."

Entre confiado y receloso, penetró Pachín en la tienda y habló con el dueño. Este le informó que uno de sus parroquianos, que explotaba en las ferias un barracón de payasos, necesitaba un chiquillo que se encargase de llamar la atención del público y vocease las maravillas que se le ofrecían.

—Ganarás de jornal cuatro reales diarios, mantenido y vestido—le advirtió el tabernero.—Si te conviene, estamos ya al cabo de la calle. Yo mismo te llevaré al empresario. El trabajo no ha de matarte, pero necesitas chapurrear lo que anuncies en el payaso que hablan los payasos de feria.

—¡En griego hablaré yo!—replicó Pachín todo alborozado y satisfecho.

✓ he aquí explicado cómo nuestro antiguo compañero se encontraba en la barraca disfrazado de *clown*.

—Vosotros no sabéis—nos dijo al final de su historia—lo que yo he sufrido con la pedrada que me tiró Fresneda, y no por verme he-

rido, sino por mi pobre madre... ¿qué sería de ella si no pudiese yo ganar lo que gano...? Pero, gracias á Dios, esto no ha sido nada y podré seguir haciendo de *clown*... hasta que se acaben las ferias... Después, veremos; el empresario me ha prometido llevarme á provincias á hacer la *turné*, como él dice.

—No irás—protestó Fresneda vehementemente.—Yo pediré á mi papá que te lleve de meritorio á la casa de banca. Allí serás algo y ganarás doble que aquí sin necesidad de vestirse de *clown*.

* * *

Pachín es hoy uno de los jefes de la casa de banca *Fresneda y Compañía*

A LARRU.





LA PRINCESITA

CONTINUACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Una plazoleta en los jardines de palacio.

ESCENA PRIMERA

El DOCTOR y el PRECEPTOR vienen cada uno por un lado, y al encontrarse, el doctor se dirige al segundo muy afectuosamente.

DOCT. ¡Mi excelente amigo!
¡Cuánto me place encontraros!

PREC. Dios os guarde, señor doctor. Su Alteza está mejor, sin duda, cuando tan alegre os encuentro.

DOCT. Está mejor, sí; ha salido á caballo; pero mi satisfacción obedece sobre todo á vuestro feliz encuentro.

PREC. No comprendo.

DOCT. ¿Seréis tan amable que me contéis aquella interrumpida historia?

PREC. ¿Tanto os interesa?

DOCT. No podéis imaginaros hasta qué punto.

PREC. Pues voy á complaceros en el acto.

DOCT. Soy todo oídos.

PREC. Pues aquel muchachuelo, el pinche de la cocina, ya sabéis...

DOCT. Sí, sí.

PREC. Aquel muchacho había ido á los barrios extremos con un motivo nobilísimo: iba á ejercer la caridad.

DOCT. ¿Qué me contáis?

PREC. Lo que oís: se trataba de un pobre enfermo de resultas de una caída, porque el infeliz era titiritero, y por eso al encontrar á aquel doctor de marras le suplicó fuera á asistirle.

DOCT. ¿Y el doctor?

PREC. Se negó, con muy mal corazón, por cierto.

DOCT. Permitidme: el doctor quizá estaría encargado de la asistencia de una altísima persona y temió llevar á su palacio el contagio. Tal vez lo que juzgáis mal corazón fué por su parte exquisita prudencia.

PREC. No lo dudo; pero anduvo poco listo el galeno cuando

no se enteró ante todo de lo que se trataba. Me parece que una caída no tiene nada de contagioso.

DOCT. Convengo en ello y estoy seguro de que si mi colega se hubiera enterado...

PREC. Quizá no se quiso enterar por la contrariedad que sentía al ser descubierto.

DOCT. ¿Cómo?

PREC. ¿No recordáis que el doctor volvía de una aventura amorosa?

DOCT. No lo creo; á su edad no parece verosímil que anduviera haciendo el Tenorio.

PREC. Sin embargo, así era, y ese ridículo era el que él temía sin duda. Pero en vez de evitarlo...

DOCT. ¿Qué decís? Acabad, por favor.

PREC. Pues decía que molestado porque el muchacho le había visto, trató de perjudicar al muchacho que para justificarse tendrá que contar la verdad de lo ocurrido. ¿He dicho tendrá? Tendría, porque se trata de una historia.

DOCT. Basta de historias, mi querido amigo, y hablemos claro.

PREC. Como os plazca.

DOCT. ¿El muchacho todavía no lo ha dicho?

PREC. A mí sólo, que soy su protector.

DOCT. ¿Y vos no lo habéis referido?

PREC. A vos únicamente.

DOCT. Pues bien; es preciso que todo se arregle de la mejor manera posible.

PREC. No deseo otra cosa, pero me parece algo difícil.

DOCT. ¿Por qué?

PREC. Porque vos habéis acusado al rapaz ante la marquesa y él se tendrá que defender.

DOCT. ¿Y qué necesidad hay de que diga que me ha visto?

PREC. Si ha de decir la verdad...

DOCT. No me hagáis sufrir. Tenéis sobrado ingenio para discurrir algún medio que

salve la situación. Seguramente que encontraréis medio de arreglarlo si queréis.

PREC. No es tan fácil la cosa.

DOCT. Mi agradecimiento será eterno.

PREC. Y si yo os ayudo en este trance, ¿ayudaréis vos á mi protegido?

DOCT. Os lo juro. Me dedicaré á favorecerle en todo lo que yo pueda.

PREC. Pues yo pensaré.

ESCENA II

Dichos y la MARQUESA.

MARQ. ¿Qué grave consulta estáis practicando, señores?

PREC. No es consulta, señora marquesa; es una cuestión científica que me está refiriendo el doctor y que me tiene maravillado.

MARQ. ¿Qué es ello?

PREC. Pues, según el doctor pretende demostrarme, los tipos humanos son limitados y se repiten.

MARQ. No comprendo.

PREC. No hay más que cierto número de modelos; así es que á lo mejor se encuentran dos personas idénticas hasta el punto de confundirse.

MARQ. ¿Como los hermanos gemelos?

DOCT. Exactamente.

PREC. Y el doctor, para convencerme, me citaba un caso, ¿no es cierto?

DOCT. (Sin saber de lo que se trata, va contestando maquinalmente.) Exactamente. ¡Un caso interesantísimo!

MARQ. (Al doctor.) ¿Cuál?

DOCT. (Al preceptor.) Contadle á la marquesa lo que os acabo de referir.

PREC. Pues aseguro que en el barrio de Cantarranas, en el suburbio, hay un muchacho tan parecido al paje Estebanillo que es difícilísimo distinguirlos.

DOCT. Difícilísimo.

MARQ. ¿Es posible?

Continuará.



RELATOS DE CAZA

SITIADO

Alá sea bendito!—dijo Mohamed cuando se le terminaron las municiones.—Tres pardas liebres, hijas de la montaña, van muertas en mi morral. Mucho corren, pero el tiro las alcanza y, sobre todo, las alcanza la voluntad de Alá...

Con la vieja espingarda al hombro púsose en camino hacia su aduar. Terminaba el día. Las más altas cimas de la indómita y peñascosa sierra del Atlas recibían los postreros besos del sol. La llanura, perdida allá abajo en las sombras, se extendía inacabable hasta los linderos del desierto y en medio de ella veía Mohamed la mancha blanca de su aduar. Los pajarillos se levantaban á su paso y, protestando con sus gorjeos de que se les molestara, iban á buscar otro escondrijo donde pasar la noche. En el cielo, intensamente azul, mostráronse rutilantes las primeras estrellas, cuya lejana luz supo buscar amorosa las tranquilas aguas de arroyos y fontanas para reflejarse en ellas. Mohamed, al verse rodeado de tinieblas, se llenó de espanto y apretó cuanto pudo el paso. Iba sin más defensa que su afilada gumiá cuando allí mismo podían salirle al encuentro salvajes fieras, la manchada hiena, acaso la traidora pantera, tal vez el espantable león...

De pronto se detuvo atónito y confuso y el caso no era para menos, pues figuráos que tras él sonaban muy cercanos y distintos los pasos de un pesado animal. Sin meterse en averiguaciones y encomendándose

á Alá de todo corazón trepó a un árbol próximo en espera de que la bestia que fuera pasara por allí y se alejaría sin advertir su presencia. Habíase ya acomodado sobre unas fuertes ramas cuando vió avanzar cautelosamente una sombra medio tapada por los arbustos y las rocas. Mohamed se llenó de pavor... Aquella sombra, por su tamaño, no podía ser un lobo, ni un chacal, ni pantera, ni hiena. Era el león que, formidable en su traidor silencio, se dirigía á los inermes rediles. El espanto del desventurado árabe llegó al colmo al ver que *el señor de la cabeza grande*, advertido del árbol donde se guarecía, tumbóse entre unos cercanos matorrales. ¡Estaba sitiado por un león...!

Pasó la terrible noche sin que nada nuevo aconteciera, y cuando en



el Oriente comenzaron á vislumbrarse los primeros resplandores de la aurora, recibiólos Mohamed con pavor, porque la fatídica sombra seguía inmóvil entre los arbustos, acaso esperando el día para acometerle. En cambio, la naturaleza se llenó de alegría con el alba. Los pajarillos la saludaron con sus gorjeos, sobre las briznas de hierba zumbaron los madrugadores insectos y hasta una vaga neblina que manchaba el cielo tiñóse de rosa y púrpura... Mohamed vió erguirse la sombra; pero, en vez del rugido pavoroso que esperaba, resonó un plácido y eglógico rebuzno... ¡El formidable león era un pacífico borriquillo escapado de alguna caravana...! El árabe se dirigió á él y, palpándose la gumiá, exclamó: “¡Si fueras el león te mataba...”!

Y atándole una soguilla al pescuezo, se encaminó con él al aduar.

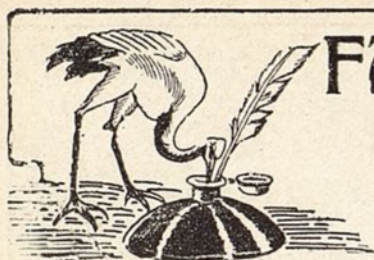
JOSE A. LUENGO.



LA DEFENSA DE LA BANDERA. CUADRO DE LEDRU

Este cuadro fué un éxito cuando lo expuso su autor. Y lo será siempre, porque su asunto es de eterna actualidad. Aunque son franceses los soldados que se agrupan para defender su bandera, en ellos puede verse, sim-

bólicamente, á los soldados de cualquier nación en defensa de su enseña correspondiente... ¡La bandera es la sagrada representación de la patria, y la patria es el primer amor del hombre!



FABULAS ESCOGIDAS

LOS POLVOS DE LA MADRE CELESTINA

—Señor maestro—preguntó Raimundo,—
los polvos de la madre Celestina,
que todo lo alcanzaban en el mundo
¿se sabe o se imagina
de que pudieran ser?

—Cuatro ingredientes
—díjole el preceptor—omnipotentes
entraban en la mágica mixtura:
oro, saber, esfuerzo y hermosura...
Hoy, lo que tantas maravillas obra,
es el oro no más; el resto sobra.

*Por gracia, no de Dios, reina el dinero,
soberano señor del mundo entero.*

LA FUENTE MANSA

Mira esa fuente plácida, Florencio,
que fluye sin rumor y baña el prado...
*Con su ejemplo enseñado,
haz al prójimo bien y hazlo en silencio.*

EL ARABE HAMBRIENTO

Perdido en un desierto
el árabe infeliz, ya medio muerto
de sed, hambre y fatiga,
se encontró un envoltorio de vejiga.
Lo levantó, le sorprendió el sonido,
y dijo de placer estremecido:
“¡Ostras deben de ser...!” Mas, al verterlas:
“¡Ay!—exclamó.—¡Son perlas!”
*En ciertas ocasiones,
no le valen al rico sus millones.*

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



LAS BONDADES DE NINI

Valiente tremolina se armó, María Santísima! Y en seguidita me echaron á mí la culpa; eso es una atrocidad, porque no parece sino que nadie puede hacer las cosas más que yo.

¡Ay! Pero no crean ustedes que se pasó en seguida como otras veces, ¡quia! Vinieron las mamás y los papás de las niñas y dijeron qué sé yo cuantas perrerías de mí á las monjas, y que iban á llevarse á las niñas si no me castigaban á mí fuerte, fuerte. También llamaron á mis papás y á mis abuelitos, y yo no sé qué dirían que hicieron llorar muchísimo á mi mamá. Me dió una rabia, que pensé: “Ya que hacéis llorar á mi mamá, seré mala... mala... mala...” Los abuelitos no me regañaron, ¡si son más buenos! Y mientras mis papás hablaban con las monjitas, yo charlaba con los abuelines.

—¿Veis? Por más que digan, yo he hecho muy bien en lo que he hecho. Ya veis, ahora, como se las ha quedado el pelo desigual, tienen que raparlas, y así se acostumbrarán á no hacer burla á las demás.

—Oyéndote, niña—dijeron los abuelos,—casi dan ganas de darte la razón.

—¡Como que la tengo!

—Pues las compañeras y sus papás tampoco parece que están muy conformes.

—Ni las monjitas tampoco, ¡son todos tontos! A mí lo que me da rabia es que han hecho llorar á mamá, y eso sí que no lo paso. ¿Y qué estarán diciendo, abuelitos?

—No sé, no sé. No me parece que presenta el asunto buen aspecto, Nini—dijo un abuelo.

—Aquí va a pasar algo—dijo el otro abuelo.

Cuando se acabó la visita mis papás se marcharon muy serios; se conoce que estaban disgustadísimos, porque no me dieron un beso ni nada. Los abuelitos sí me dieron muchos, y caramelos también. Yo me quedé muy preocupada. En seguida se reunieron todas las monijitas, y la madre Rosario fué y dijo muy alto delante de todas las niñas:

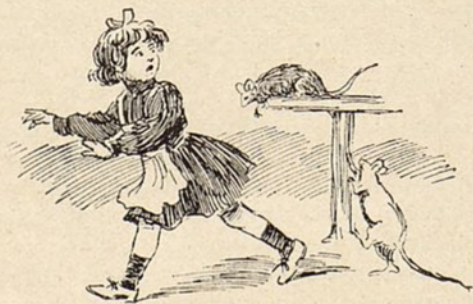
—Tengo el sentimiento de anunciar á ustedes que Niní va á ser castigada fuertemente. Yo la quiero mucho, y todas las niñas, como buenas compañeras, deben lamentar conmigo el caso. Pero, aunque con pena, nos vemos precisadas á hacerlo. La atrocidad que ha hecho hoy es ya muy grande. El Niño-Dios, bajo cuya protección puse á Niní, se conoce que no quiere nada con ella y la abandona por mala. Niní estará ¡ocho días encerrada en el sótano! No hay más remedio. El Niño-Dios la abandona por mala, y es preciso, para corregirla, un fuerte castigo. Además, los papás de las demás educandas así lo piden, para evitar que sus hijas sigan á merced de las travesuras de esta niña. Así, pues, desde mañana la señorita Niní habitará el sótano. Allí se la bajará la comida todos los días, aunque sin postre, naturalmente. Para que no parezca demasiado duro el castigo, he de advertir á ustedes que el día que se la encerró en el ropero hizo allí más desastres que un ciclón, y, por lo tanto, el encierro en ese sitio es contraproducente. Además, la atrocidad que ha llevado á efecto la señorita Niní exige un correctivo más enérgico. El Niño-Dios está seguramente disgustadísimo con esta criatura, y por eso no quiere volverla á su gracia y hacerla buena... En el sótano habrá algunas ratas... yo lo siento... pero Niní es culpable de graves faltas... y nos vemos precisados á no pensar en las ratas... todo lo contrario... casi nos alegramos de que existan para mayor castigo... ¡Señorita Niní! ¿Tiene usted que decir algo en su defensa?

—¡Ya lo creo! ¿No dice usted que el Niño-Dios todo lo puede?

—¡Claro!

—¿Pues por qué no me ha hecho buena? ¡El tiene la culpa!

M.^a ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



Ayuntamiento de Madrid

RODRIGO DIAZ. EL CID

La figura del Cid se destaca resplandeciente y gloriosa de entre las sombras que cubren la época en que vivió. Nació en Burgos hacia la mitad del siglo XI, de familia noble en Castilla. Educado en el palacio



de D. Sancho y ejercitado en las artes de la guerra, tomó parte, siendo aún muy joven, en las sostenidas por su soberano. Muerto en la batalla de Grados el de Aragón, Rodrigo mereció de su rey el más alto cargo que entonces tenía el Ejército, que lo era el de alférez, y le armó caballero. Sosegada la lucha con los aragoneses, se dispuso Sancho á arrebatár á Alfonso su corona, y preparando gran ejército, marchó con Rodrigo á ocupar el reino de León. No contento con haber hecho la conquista de León, pasó á sumar á su cetro los de los estados de Galicia, dan-

do en Santarén una batalla, de la que hubiera salido preso si el Cid no se hubiera apresurado á socorrerlo y salvarle. Tras estos éxitos, se empeñó Sancho en rendir á Toro para después hacerse de Zamora, pero aquí Vellido Delfos le atravesó con su mismo venablo, huyendo después.

La corona de Castilla pasó entonces al destronado rey Alfonso de León, á la sazón huído en Toledo. Los castellanos protestaban de que viniera á ser su monarca el que creían culpable de la muerte de su hermano, y por esto, antes de reconocerle, le pidieron que jurase que la infamia se había cometido sin participación suya. Avinose él á jurar por su inocencia, pero, como ningún noble se atrevió á ello, Rodrigo se aventuró á representar la lealtad y entereza de su nación en la cere-

monia, obligándole á dar te ante los Evangelios con estas palabras: "¿Juráis, rey Alfonso, que no tuvisteis parte en la muerte de D. Sancho por mandato ni consejo? Si juráis en falso, plega á Dios que muráis de su suerte, y que os mate un villano y no caballero".

Concluído el juramento en Santa Gadea de Burgos, Alfonso fué proclamado rey de Castilla y entonces comienza el sordo rencor que el monarca tuvo siempre á Rodrigo, que si al principio no se manifestó, antes al contrario, encargó al Cid que le acompañara en los viajes y que como su embajador fuera á Sevilla y Córdoba á cobrar los parias que sus príncipes pagaban á Castilla, más tarde, cuando ya la política no aconsejaba disimulos, apareció bien claramente. Sucedió que al tiempo que Alfonso sosegaba á los moros de Andalucía, se internaron en Castilla los de Aragón, contra los cuales hizo Rodrigo la guerra estando aún convaleciente. De resultas de ella, recobró la saqueada fortaleza de Gormaz y cayó sobre el enemigo en tierras de Toledo, haciendo 7.000 prisioneros y gran presa de riquezas. Ante esto, se alborotó la corte, acusándole de atentar contra los pactos y buenas relaciones del rey con el monarca moro de Toledo y no desperdiándose la ocasión, se le desterró, dejando Rodrigo á Castilla con los pocos que le quisieron seguir.

Avecindado en Zaragoza, puso su espada al servicio del rey moro Álmoctader y, luego que murió, al de su hijo Almuctaman, á quien prestó ayuda en cuantas luchas sostuvo con su hermano el rey Alfabig de Denia, con Sancho de Aragón y con el conde de Barcelona.

De nuevo en Castilla, Alfonso le dispensó honores y la propiedad de los castillos que tomase á los moros, por lo cual, haciendo Rodrigo un buen ejército, entró por tierras de Valencia y libró á ésta del sitio en que la tenía el conde catalán. Al término de esto sucedió la invasión de Alí y de Jucef, la cual quería cortar á todo trance el de Castilla, y para ello pidió á Rodrigo que uniendo su ejército al suyo, se aprestara á dar batalla en Villena. La concentración no se pudo verificar y otra vez fué acusado de deslealtad y arrojado del reino quien más valía en él.

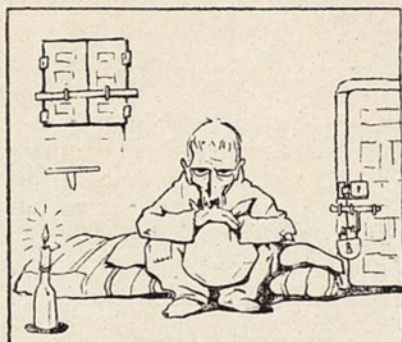
Enterado el conde Berenguer que al Cid le faltaba todo apoyo, corrió con catalanes y franceses á vengar las derrotas que antes le había causado, mas la suerte quiso que el conde cayera prisionero y con él 7.000 de los suyos, á quienes después de alguna prisión dejó en libertad el Cid pidiéndoles el rescate.

Tras estas victorias, testigos fueron de otras muchas los muros y torres de Valencia, Játiba, Olocan, Sierra, Almenara, Murviedro, en donde Rodrigo siempre combatió con enemigos superiores. En 1099, teniendo en su mano la ciudad de Valencia, acaeció su muerte, á los cinco años después de haberla ganado para los cristianos.

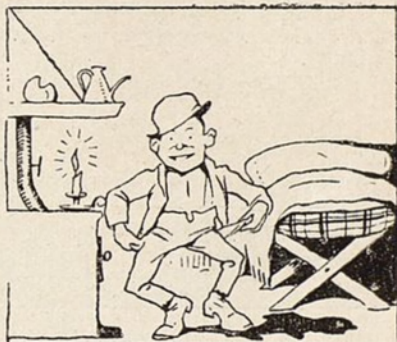
Esta es, brevemente reseñada, la vida del que llevaba consigo la gloria y la fortuna y mereció el dictado de Campeador.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.

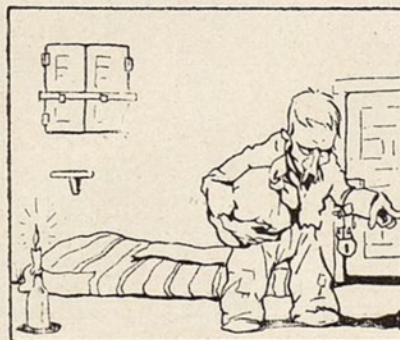
¡VAYA UN CHASCO!



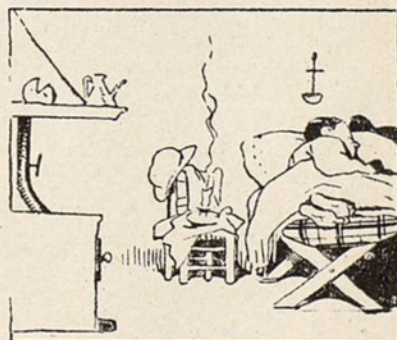
En un desván sombrío y apestado
habitaba un avaro muy famoso.



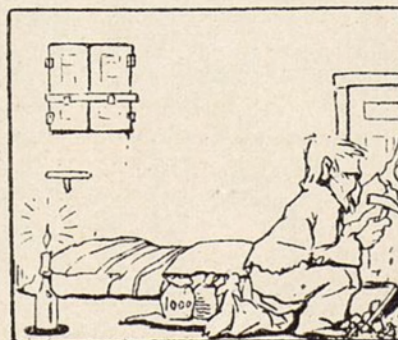
Y tabique por medio, un «caballero»
que nunca, ¡auñcal, conoció el dinero.



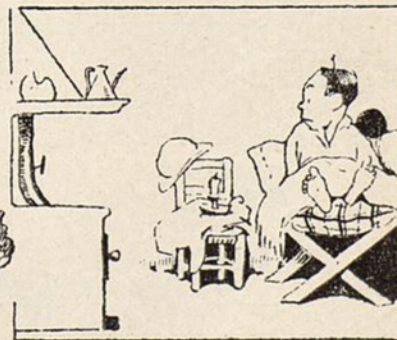
A su oro, por buscar sitio seguro,
un boquete pensó hacer en el muro.



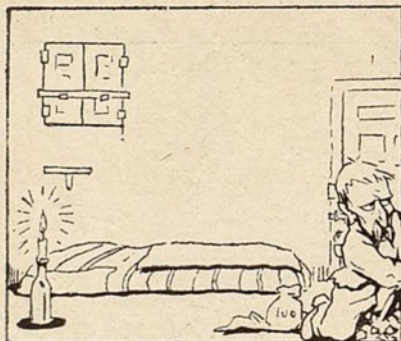
Y entre tanto ocurrió que el vecinito
acostóse á dormir «como un bendito».



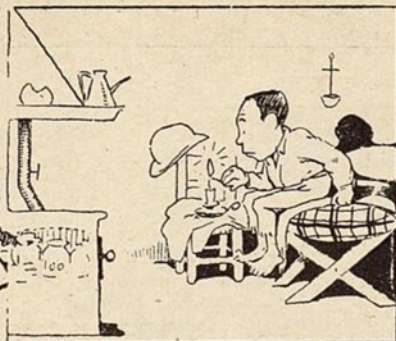
Trabajando el amigo más que siete,
rompió la tapia y fabricó un boquete.



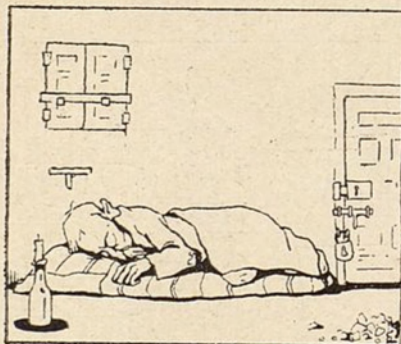
Y á los golpes, el otro, desvelado,
se incorporó en el lecho algo asustado.



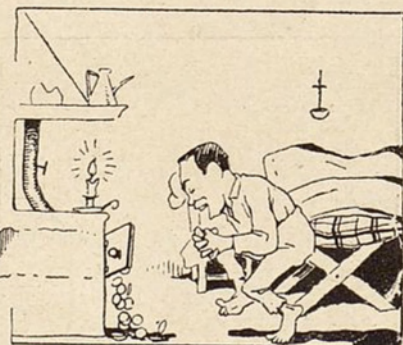
Dentro de aquel boquete, como es justo,
 In «guita» colocó muy á su gusto.



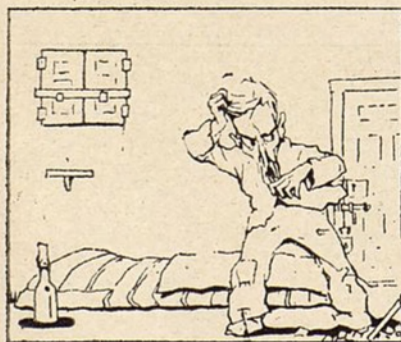
Ehóse al suelo y encendió la vela,
 abandonando el lecho con cautela.



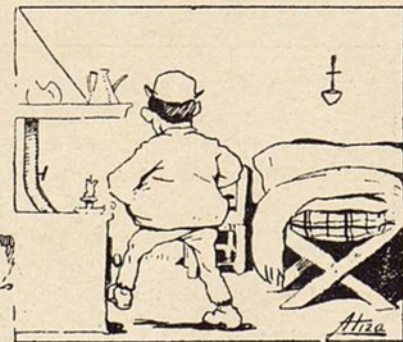
Y se acostó velando el escondrijo
 como una madre vela por su hijo.



Todo lo mira, á averiguar dispuest;
 kalló el tesoro, y exclamó: «¿Qué es esto?»



Por la mañana al requisar, ¡oh cielos!,
 uno por uno se arrancó los pelos.



Lo recoge, lo guarda y «se las guilla»,
 cantándose una alegre seguidilla.